

Hoy hubiera preferido
no encontrarme a mí misma
HERTA MÜLLER

Nuevos Tiempos Siruela



la Virgen María con el Niño. Se dice que las ciruelas representan el amor entre el bebedor y la botella. A mis ojos, esas ciruelas con las mejillas apoyadas una en la otra se asemejan más a las fotografías de bodas que a la Virgen María con el Niño. En ninguna imagen de la iglesia la cabeza del Niño es tan grande como la de su madre. El Niño apoya su frente en la mejilla de la Virgen, su mejilla en el cuello y su barbilla sobre el seno de ella. Además, entre el bebedor y la botella ocurre lo mismo que entre las parejas en las fotos de bodas, se destruyen mutuamente y no se sueltan.

En la foto de mi boda con Paul no llevo flores ni velo. El amor me brilla nuevo en los ojos, aunque me esté casando por segunda vez en esa foto. Nuestras mejillas se apoyan una en la otra como dos ciruelas. Desde que Paul bebe tanto, la foto de nuestra boda resulta profética. Cuando Paul inicia su

recorrido por los bares de la ciudad hasta que acaba la noche, tengo miedo de que nunca más vuelva a casa y me quedo mirando la foto de la boda en la pared hasta que la mirada se desvía, entonces nadan nuestras caras, la posición de nuestras mejillas cambia y entre ellas asoma un poco de aire. La mayoría de las veces, la mejilla de Paul se aleja nadando de la mía como si quisiera volver tarde a casa. Pero regresa. Paul ha regresado siempre a casa, incluso después del accidente.

A veces traen el vodka polaco Büffelgras, el amarillo, de sabor dulce y amargo. Se vende primero. En cada botella hay un tallito largo, ebrio, que tiembla cuando sirven el vodka, pero nunca se cae ni sale con él. Los borrachos dicen:

El tallito se queda en la botella como el alma en el cuerpo, por eso protege el alma.

Esta creencia forma parte del sabor que

arde en la boca y de la curda tambaleante en la cabeza. Los borrachos abren la botella, lo que vierten suena como una risa en la copa, el primer trago baja por el gaznate, y el alma, que siempre tiembla y nunca se cae ni abandona al cuerpo, empieza a ser protegida. También Paul protege su alma y no tiene que decirse ningún día que no va a ser capaz de vivir. Tal vez ésta sería buena sin mí, pero estamos a gusto juntos. El aguardiente se lleva el día; y la noche, la borrachera. Desde la época en que aún tenía que ir muy de mañana a la fábrica de ropa donde trabajaba sé que los obreros decían:

El rodaje de las máquinas de coser se lubrica por las ruedecillas; el aparato locomotor de los hombres, por el gaznate.

En aquel entonces Paul y yo íbamos todos los días a las cinco en punto al trabajo en la motocicleta. Veíamos las furgonetas frente a

las tiendas, los chóferes, los cargadores de cajas, los vendedores y la luna. Ahora sólo escucho el ruido y no me asomo a la ventana, tampoco miro la luna. Todavía sé que, como un huevo de oca, se va de la ciudad por un lado del cielo y por el otro llega el sol. Esto no ha cambiado nada. Ya era así cuando aún no conocía a Paul y tenía que ir andando hasta el tranvía. En el camino me resultaba sospechoso que arriba, en el cielo, hubiera algo hermoso y en la tierra, abajo, no hubiera ninguna ley que prohibiese mirar a lo alto. Estaba, pues, permitido robarle con engaños algo al día, antes de que en la fábrica se convirtiera en miseria. Sentía frío porque no me hartaba de mirar, no porque me hubiera puesto ropa demasiado delgada. La luna está carcomida a esa hora, no sabe adónde ir en un extremo de la ciudad. El cielo debe dejar el suelo cuando clarea. Las calles corren

empinadas hacia abajo y hacia arriba. Los vagones de los tranvías van y vienen como habitaciones iluminadas.

También conozco los tranvías desde dentro. Quien sube a esas horas usa manga corta, tiene una cartera de cuero raída y carne de gallina en ambos brazos. Es juzgado con miradas perezosas. Uno está entre los suyos, la clase obrera. La gente acomodada va al trabajo en coche. Y entre nosotros se hacen comparaciones: a aquél le va mejor, a ese otro, peor; exactamente como a uno mismo no le va a nadie, eso no existe. Se tiene poco tiempo, pronto llegan las fábricas. Los evaluados bajan uno detrás del otro. Zapatos lustrados o polvorientos, tacones torcidos o rectos, un cuello de camisa recién planchado o arrugado, uñas de los dedos, correas del reloj, hebillas del cinturón, crenchas, todo despierta o desprecio. A las miradas apáticas